

## La Iglesia católica

*El mundo no precisa cristianos vulgares, preocupados por las almohadas cervicales, los imanes, o las plantillas, o a lo sumo movilizados desde el exterior por eslóganes del tipo «ponga un bosnio en su casa»; lo que necesita es que el Evangelio deje de ser un libro gastado, ajeno como un entierro, ceremonia que deja fría al propio interesado.*

.....  
**Equipo de Acontecimiento.**  
 .....

### Una

Dentro del cristianismo, en el credo católico se afirma que la iglesia es una; su unidad no evita el reconocimiento de la pluralidad de carismas, estilos, culturas, etc, de quienes confiesan la misma fe; y tampoco pierde la esperanza de la reunificación de las diversas Iglesias cristianas separadas de la católica.

### Santa

Cuando el católico afirma creer en su Iglesia santa, a pesar de los pecados de sus miembros, no hace una apología defensiva: «La Iglesia, tan lastrada por opciones erróneas tomadas en momentos críticos y por la serie de callejones sin salida en que incide una y otra vez, me transmitió la fe y, mediante ella, el elemento más presentable de mi ajetreada existencia. De no haber existido el Pentecostés de hace casi dos mil años ni yo ni ninguno de nosotros hubiera tenido acceso al conocimiento salvador del mensajero singular de Dios, que nació como hombre, que vivió, actuó y predicó como hombre, que murió en la cruz y resucitó: Jesús de Nazareth. Así, yo debo a la Iglesia de Cristo, y concretamente a la Iglesia que me socializó, lo más valioso de mi vida: el sentido general de la existencia que se desprende de la fe en Dios y del mensaje de Jesús y todo lo que se puede relacionar concreta y razonablemente con él. Y no tendría la posibilidad de salvación, de felicidad, de fuerza si no me la hubiera transmitido la Iglesia. Por eso estoy profundamente agradecido como a ningún otro poder histórico a esa misma Iglesia que me irrita, me tortura, me acongoja y me preocupa, a esa Iglesia problemática» (Dirks, W: *El tartamudo cantor*).

«Qué discutible eres, Iglesia y, sin embargo, cuánto te quiero. Cuánto me has hecho sufrir y, sin embargo, cuánto te debo. Quisiera verte destruida y, sin embargo, tengo necesidad de tu presencia. Me has escandalizado mucho y, sin embargo, me has hecho entender la santidad. Nada he visto en el mundo más oscurantista, más comprometido, más falso y nada he tocado más puro, más generoso, más bello. Cuántas veces he tenido ganas de cerrar en tu cara la puerta de mi alma y cuántas veces

## LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

he pedido poder morir entre tus brazos seguros. No, no puedo librarme de ti, porque soy tú, aun no siendo completamente tú. ¿Y después dónde iría? ¿a construir otra? Pero no podré construirla sino con los mismos defectos, con los míos que llevo dentro. Y si la construyo será mi Iglesia, no la de Cristo. Soy bastante mayor para entender que no soy mejor que los demás. El otro día un amigo ha escrito una carta a un periódico: “Dejo la Iglesia porque por su compromiso con los ricos ya no es creíble”. Me da pena. O es un sentimental que no tiene experiencia, y lo disculpo, o es un orgulloso que se cree mejor que los demás. Ninguno de nosotros es creíble mientras esté en esta tierra. San Francisco gritaba: “Tú me crees santo y no sabes que puedo aún tener hijos con una prostituta, si Cristo no me sostiene”.

La credibilidad no es de los hombres, es sólo de Dios y de Cristo. De los hombres es la debilidad y acaso la buena voluntad de hacer algo bueno con la ayuda de la gracia que brota de las venas invisibles de la Iglesia visible. ¿Acaso la Iglesia de ayer era mejor que la de hoy? ¿acaso la Iglesia de Jerusalén era más creíble que la de Roma? Cuando Pablo llegó a Jerusalén llevando en su corazón sed de universalidad al viento de su potente sopro carismático, ¿acaso los discursos de Santiago sobre la circuncisión o la debilidad de Pedro que se entretenía con los ricos de entonces (los hijos de Abrahán) y que daba el escándalo de comer sólo con los puros, pudieron hacerle dudar sobre la autenticidad de la Iglesia, que Cristo había fundado y darle ganas de ir a fundar otra en Antioquía o Tarso? ¿acaso santa Catalina de Siena, viendo al Papa que hacía —y cómo lo hacía!— una sucia política contra su ciudad, la ciudad de su corazón, podía venirle a la cabeza la idea de ir a las colinas sienesas, transparentes como el cielo, y hacer otra Iglesia más transparente que la de Roma llena de pecados y politicante?

No, no creo, porque tanto Pablo como Catalina sabían distinguir entre las personas que componen la Iglesia —“el personal de la Iglesia”, diría Maritain— y esta sociedad humana llamada Iglesia, que a diferencia de todas las demás colectividades humanas “ha recibido de Dios una personalidad sobrenatural santa, inmaculada, pura, indefectible, amada como esposa de Cristo y digna de ser amada por mí como madre dulcísima”. Aquí está el misterio de la Iglesia de Cristo, verdadero misterio impenetrable. Tiene el poder de darme la santidad y está formada toda ella, del primero al último, de pecadores y ¡qué pecadores! Tiene la fe omnipotente e invencible de renovar el misterio eucarístico y está compuesta por hombres débiles que están perplejos y se debaten cada día contra la tentación de perder la fe. Lleva un mensaje de pura transparencia y está encarnada en

una masa sucia, como es sucio el mundo. Habla de la dulzura del Maestro, de su no-violencia, y en la historia ha mandado ejércitos a destruir infieles y torturar herejes. Transmite un mensaje de evangélica pobreza y busca dinero y alianzas con los poderosos. Los que sueñan cosas diversas de esta realidad no hacen sino perder el tiempo y comenzar siempre de nuevo. Demuestran que no han entendido al hombre.

Porque así es el hombre, como lo hace visible la Iglesia, en su maldad y al mismo tiempo en su coraje invencible que la fe en Cristo le ha dado y la caridad de Cristo le hace vivir. Cuando era joven no entendía por qué Jesús, no obstante la negación de Pedro, lo quiere jefe, su sucesor, primer Papa.

Ahora no me extraño y comprendo mejor que haber fundado la Iglesia sobre la tumba de un traidor que se asusta por el cotilleo de una sirvienta era una advertencia continua para mantenernos en la conciencia de la propia fragilidad. No, no me voy de esta Iglesia fundada sobre una piedra tan débil, porque fundaría otra sobre una piedra aún más débil, que soy yo. ¿Pero qué cuentan las piedras? Lo que cuenta es la promesa de Cristo, lo que cuenta es el cemento que une las piedras, que es el Espíritu Santo. Sólo el Espíritu Santo es capaz de hacer la Iglesia con piedras mal cortadas que somos nosotros. Sólo el Espíritu Santo puede mantenernos unidos, no obstante nosotros, no obstante la fuerza centrífuga de nuestro orgullo sin límites.

Aquí está el misterio más grande de la Iglesia, al que renuncio cuando cierro mi corazón al hermano enemigo erigiéndome en juez de la asamblea de los hijos de Dios. Y el misterio está aquí. Esta amalgama de bien y de mal, de grandeza y de miseria, de santidad y de pecado que es la Iglesia que en el fondo soy yo. Si ninguno de los que vivimos, de los que estamos en la Iglesia podemos llamarnos “Iglesia” porque la persona Iglesia nos supera, cada uno de nosotros puede sentir con temblor y con infinito gozo que cuanto ocurre en la relación Dios-Iglesia es algo que pertenece a lo íntimo. En cada uno de nosotros repercuten las amenazas y la dulzura con que Dios trata a su pueblo de Israel, la Iglesia.

A cada uno de nosotros, Dios le dice como a la Iglesia: “Yo te haré mi esposa para siempre” (*Os*, 2, 21); pero al mismo tiempo nos recuerda nuestra realidad: “Tu impureza es como la herrumbre. He querido limpiarla, trabajo inútil. Es tan abundante que no se quita ni con el fuego” (*Ez*, 24, 12). Basta leer los profetas para comprender que cuanto Dios dice a su pueblo, Israel, nos lo dice a cada uno de nosotros. Si las amenazas son numerosas y la violencia del castigo grande, más numerosas son las palabras de amor y más grande es su misericordia. Diré,

## LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

pensando en la Iglesia y en mi pobre alma, que Dios es más grande que nuestra debilidad.

Pero hay algo aún más bello. El Espíritu Santo, que es el Amor, es capaz de hacernos santos, inmaculados, aún vestidos de bribones y adúlteros. El perdón de Dios, cuando nos llega, hace transparente a Zaqueo y hace inmaculada a Magdalena, la pecadora. Es como si el mal no hubiese podido tocar la profundidad metafísica del hombre. Es como si el Amor hubiese impedido pudrirse el alma lejana del Amor. “Yo he echado tus pecados sobre mis espaldas”, dice Dios a cada uno de nosotros, y continúa: “Te he amado con amor eterno, por eso te prolongaré mi favor. Volveré a edificarte y serás edificada, virgen de Israel” (*Jer*, 31, 3-4). Nos llama “vírgenes” aun cuando estemos de retorno de la enésima prostitución en el cuerpo, en el espíritu y en el corazón. En esto, Dios es verdaderamente Dios, el único capaz de hacer las “cosas nuevas”. Porque no me importa que él haga los cielos y la tierra nuevos, es más necesario que haga “nuevos” nuestros corazones. Y éste es el trabajo de Cristo. Y éste es el ambiente divino de la Iglesia. ¿Queréis impedir este “hacer nuevos los corazones” abandonando la asamblea del pueblo de Dios? ¿O queréis, buscando otro lugar más seguro, poneros en peligro de perder el Espíritu?» (Caretto, C.: en *Alandar*, Madrid, 1984).

Santidad eclesial y comunión de los santos se copertenecen. Santo sólo es Dios, y los demás por participación en el seguimiento del Santo. Creemos en la comunión o común unión de todos los seguidores del Santo, que forman un cuerpo místico abierto a la humanidad, un común de sarmientos en torno a la cepa de la vid, el Santo.

Cuando los seguidores del Santo mueren van al camposanto (*campus sanctorum omnium*), de ahí la celebración del día de todos los santos, sin el cual no tendría sentido cristiano el día de los difuntos. Día de todos los santos: que son muchos, y muy sencillos, los santos anónimos, desconocidos para los hombres, conocidos para Dios. También hay santos con nombre, reconocidos por la Iglesia católica, pero además de los santos canonizados hay otros que el cielo impone a la tierra, a pesar de su anonimato.

### Católica

Esta madre Iglesia —a la que se ama como a una madre— es católica por universal (*katholon*), pues —sin imperialismo, desde el servicio y el respeto a otros credos— anuncia a un Dios que es salvación para la entera humanidad

### Apostólica

Todo lo anterior es para misionarlo: «Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, unos granos cayeron en la vereda; vinieron los pájaros y se los comieron. Otros cayeron en terreno rocoso, donde apenas tenían tierra; como la tierra no era profunda, brotaron en seguida; pero en cuanto salió el sol se abrasaron y, por falta de raíz, se secaron. Otros cayeron entre zarzas; las zarzas crecieron y las ahogaron. Otros cayeron en tierra buena y dieron grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta. ¡Quien tenga oídos que oiga!» (*Mt*, 13, 1).

Mas ¿cómo podríamos nosotros pretender sembrar la siembra que no hubiéramos dejado ser sembrada en nosotros? Hasta el día de la cosecha, por lo demás, crecerán juntos trigo y cizaña: «Semejante es el Reino de Dios a un hombre que sembró semilla en un campo. Mientras sus hombres dormían, vino su enemigo, esparció cizaña en medio del trigo, y se fue. Pero cuando creció la hierba y llevó fruto apareció también la cizaña. Viniendo los criados del amo, le dijeron: “Señor, ¿no sembraste buena cosecha en tu campo? ¿cómo es que tienes cizaña?” Él les dijo: “Un hombre enemigo hizo esto”. Dijeron los criados: “¿Quieres que vayamos a recogerla?” Les contestó: “¡No!, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer juntas las dos cosas hasta la siega; en el tiempo de la siega, diré a los segadores: recoged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, pero el trigo recogedlo en mi granero»» (*Mt*, 13, 24-30).

La Iglesia apostólica y misionera debe denunciar las injusticias, porque muchas leyes son como las telas de araña que detienen a los mosquitos mientras dejan pasar impunemente a los moscardones. El choque adquiere forma no violenta, por lo que a sus adversarios les dice la Iglesia: nuestra capacidad de sufrimiento es tan grande como vuestra capacidad de hacernos sufrir. A vuestra violencia física oponemos nuestra fuerza moral basada en el Amor de Dios.

A esta Iglesia que practica la oración y no reduce a Cristo a una ideología, sino que reconoce en Él al Señor y ejerce la comunión de bienes y el amor a los enemigos, el mundo la califica de fanática, irrealista y utópica. Para los poderosos es un escándalo porque defiende la devolución de la tierra y de las empresas a campesinos y obreros, y a los pobres la restitución de lo robado. La Iglesia está en favor de la vida desde el instante mismo de su fecundación, y en consecuencia contra la pena de muerte. Abandera la defensa de la dignidad de la persona y trabaja para que no la traten como medio o instrumento, y pese a todo ello se sabe pecadora y necesitada de perdón, orando para que en ella permanezca el Espíritu Santo.

## LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

Consecuentemente la Iglesia crea cauces concretos de acción: hay inmigrantes y exiliados pobres, toxicómanos, alcohólicos, enfermos físicos y mentales, ancianos abandonados o solos, menores y mujeres maltratados, parados de larga duración, madres solteras, vagabundos, chabolistas, enfermos de Sida, etc, y ante toda esa realidad hay que mojarse no sólo a nivel asistencial y particular, sino como Iglesia del Señor. Desde ahí, el desacuerdo que la Iglesia mantiene con el desorden mundano la lleva a plantearse una presencia en la vida pública creando empresas sociales, cooperativas, sindicales, e incluso grupos de laicos independientes de la Jerarquía que misionarán (enviados por la comunidad cristiana) en el mundo de la política asumiendo medios y fines evangélicos. Es una Iglesia que comparte, que parte el pan y la sal con los demás, que toma parte y partido con ellos, que parte con los necesitados.

Esto la llevará a una denuncia profética desde Aquel que ha vencido al mundo. Para eso realizará actos de protesta (sentadas, encierros, bloqueos, devolución de documentación, etc): si «Benetton» usa el dolor de la gente en su publicidad, no compramos esa marca de ropa; si «MacDonald» realiza talas de selva en el Cono Sur americano para transformarlas en pasto para su ganado, vayamos a otros establecimientos; si «Fa» usa la desnudez de la mujer para vender convirtiéndola en carne de mercadería, pasemos a otro desodorante. Hay indignidades en comisaría, hagamos sentadas ante ellas; existen parados y explotados, encerrémonos en fábricas, en iglesias; hay extranjeros pobres perseguidos por serlo, interpongámonos; hay abortos, luchemos contra ellos; hay presos indignificados en el trato, vayamos a protestar a las puertas de la cárcel, etc.

El mundo no precisa cristianos vulgares, preocupados por las almohadas cervicales, los imanes, o las plantillas, o a lo sumo movilizados desde el exterior por eslóganes del tipo «ponga un bosnio en su casa»; lo que necesita es que el Evangelio deje de ser un libro gastado, ajeno como un entierro, ceremonia que deja fría al propio interesado: lo que precisa es que no traicionemos el Evangelio con rebajitas del tipo «lo mejor es enemigo de lo bueno», «siempre ha sido sí», «no hay que exagerar», etc. ¡Pero si Cristo nos manda amar a los hermanos como Él nos ha amado, hasta el extremo!

### Como los primeros apóstoles

Los cristianos de los primeros tiempos tienen claro que viven en este mundo y deben atenderlo, aunque su Reino no es de este mundo. «Los cristianos no se distinguen

de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo y, adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta admirable y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria tierra extraña... Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas, pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman, y de todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se les injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida. Por los judíos se los combate como a extranjeros; por los griegos son perseguidos, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio» («Epístola a Diogneto», en: Quaesten, J.: *Patrología*, I, BAC, Madrid, 1968, p. 247).

Gentes como las demás, viven de forma distinta: «Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según las necesidades de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar» (*Hch*, 2). «En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucha eficacia; todos ellos eran muy bien mirados porque entre ellos ninguno pasaba necesidad, ya que los que poseían tierras o casas las vendían, llevaban el dinero, y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno» (*Hch*, 4).